

LA SOFLAMA.

DIRECCIÓN Y ADMÓN.

Calle del Hospital, núm. 20.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Trimestre 150 pts.
Número suelto 10 cénts.

SEMENARIO POLÍTICO LIBERAL.

AÑO II.

YECLA 6 DE MARZO DE 1892.

Núm. 19.

LO QUE QUEDA.



Más bailes, más estudiantinas, más conciertos y reuniones; más animación que otros años.

Tal ha sido el carnaval pasado en Yecla.

Parece que nos movamos en sentido opuesto que los demás pueblos. Mientras en las restantes poblaciones de España, el carnaval empieza á pasar desapercibido, aquí toma grandes vuelos, adquiriendo extraño incremento.

¡El carnaval! ¡Con qué loca ansiedad se esperan esos días! ¡Qué de preparativos y de planes se hacen para entonces! ¡Cuanto ingenio se derrocha y cuanto se abusa en ese corto espacio de tiempo!

Hasta los hombres más formales, olvidan algún momento su habitual seriedad, permitiéndose libertades que en otras circunstancias nos causarían verdadero estupor.

El trabajo sufre un golpe bastante violento, perdiéndose incalculables sumas.

Económicamente, el carnaval causa grandes perjuicios para la clase obrera sobre todo, que no produce y en cambio gasta más, mucho más que de ordinario. Como todas las fiestas, debería esa desaparecer. Basta y sobra con un día de descanso á la semana, y ese día debiera ser el domingo.

¿Y moralmente? ¡Ah! moralmente el carnaval es desastroso. ¡Cuántas alegrías, cuantos desahogos, cuantas imprudencias se pagarán con lágrimas de sangre, que al caer sobre el corazón, le hieren sin piedad, produciendo vivo, agudo y penetrante dolor, y abriendo tan cruel herida, que no bastará el tiempo á cicatrizarla!

Centenares de familias que esperarían con extremada ansiedad esos días, quizás empiezen pronto á devorar amarguras. Y si aquellas horas de alegría pasaron rápidas y fugaces, estas de dolor serán eternas, como esas tristes noches de invierno que parece no han de acabarse nunca. Y si en la adversidad hay quien se preste á dar consuelo, movido por la nobleza de su alma, no será seguramente el que invi-

tara al festín, que aquel miserable no hará más que gozar con el recuerdo de su crimen.

Los extravíos que se cometen en medio de la embriaguez que produce el delirio, cuestan caros, muy caros; que la honra se arroja en un momento de exaltación al arroyo, pero ya no se recoge nunca.

En carnaval no existen, no se conocen respetos; en cambio se empeñan palabras sin intención de cumplirlas; se hacen falsas promesas, que el viento ha de llevarse despues, no dejando quizás otro recuerdo que horas de amargura á familias honradísimas, que se dejaron sorprender por algun malvado. ¡Cuántas angelicales criaturas, victimas de su inexperiencia, serán sacrificadas!

No puede ser otra cosa. Cuando cerramos los ojos y nos dejamos dominar por las pasiones, dando rienda suelta á nuestra natural tendencia al mal, nada agradable puede ocurrir. Es lo mismo que si en la obscuridad de la noche nos pusiéramos á correr al borde de un abismo; acabaríamos por precipitarnos en él.

Y no se crea que reprobamos ciertas expansiones; el espíritu necesita de ratos de solaz y de grato esparcimiento; pero estos no se encuentra en el abuso ni en la corrupción de las costumbres, que no pueden dar otro resultado que el enervamiento del cuerpo y del espíritu.

¡Ojalá no tenga ninguna familia yeclana que acordarse con horror del carnaval!

Ahora que ya pasó el tropel y bullicio de esos días, es preciso dedicarse á algo útil á la humanidad; hay que pensar en la manera de que la usura no nos aniquile por completo; de que el prestigio, hoy por los suelos, de este desgraciado pueblo, se levante de nuevo, colocándonos en el lugar que nos corresponde; de que se recobre la tranquilidad pública, gravemente quebrantada por la incuria y el abandono de los encargados de velar por ella; es preciso, en fin, reaccionarse, recordar á cada uno el cumplimiento de su deber, y llevar á la conciencia de todos el convencimiento de que los pueblos

honrados, si pueden sufrir alguna contrariedad tan grande como la que nos rodea en los diversos órdenes de la vida, con constancia consiguen lo que se merecen.

ECOS.

Tenemos noticia de que los recibicos van á aparecer, pero la vergüenza de Pepe I era verde y.....se la comieron los de la mayoría.

El Sr. Espinosa, á quien aludiamos en el número anterior, es el Sr. Barón del Solar, D. Eugenio de Espinosa de los Monteros y Abellán, diputado á Córtes por este distrito.

Lo advertimos para evitar lamentables confusiones.

Según cuentan, las tripas de aquellas terneras extraviadas las ocupó D. Juan Luis, y ahora ni el mismo D. Moncada puede hacerle soltar su importe.

¡Con razón decía D. Pescueño que era hombre de muchas tripas!

Desde que se marchó á Murcia á cobrar dietas el pobre D. Maximiano (q. e. p. d.) no habíamos oido la campana del Castillo.

Y ahora que está de vuelta, vuelve á sonar.

¿Qué tendrá que ver lo uno con lo otro?

A pesar de nuestras advertencias en el número pasado, continúa la tala salvaje de la alameda del lavadero, tolerada, y aún protegida, por las autoridades.

¡Hasta Juan Jesús saca astilla!

¡Oye Moncada!

¡Jóven aprovechado!

¡Gracias á Dios que has perdido la vergüenza, y la cortedad de genio que te caracterizaba!

Así, francote, eres más simpático.

¿Con que si sucedía cierta cosa en el casino, era por que necesitabas sacar mil pesetejas para.....el manicomio y el Asilo?

Bueno, pues que aprovechen y viva la libertad!

El hijo predilecto de el Papá Universal está *sub-judice*, mejor dicho *sub-Zúñiga*.